

Y se alegraba de que el niño fuese hermoso y bien cuidado, y se alegró y se ahuecó toda cuando, poco después, un acontecimiento notable hizo que la gente del barrio empezase a mirar al matrimonio con un nuevo respeto... El día en que, hasta el ático donde ellos vivían, fue izado, con infinitos trabajos, un espléndido piano de cola.

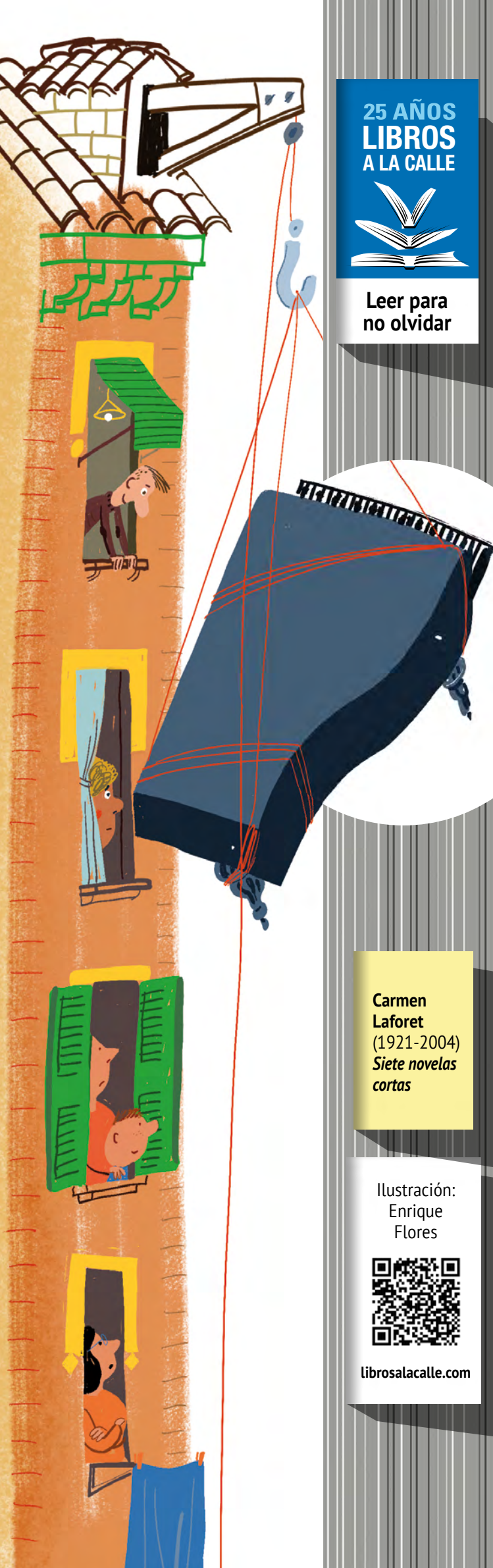
— Parece que son gente rica venida a menos... El piano es una herencia... Y, además, ella lo toca... Son artistas.

Inexplicable; pero, desde aquel día, la señorita Rosa encontró muchas más sonrisas en los saludos de las vecinas. Una nueva cordialidad, que ella apreciaba quizá porque sonreía también con dulzura... O que, todo era posible, no tuviera en cuenta, porque su gesto siempre había tenido la misma amabilidad y la misma lejanía que ahora.

— Yo siempre lo dije. Siempre dije que era gente de mucha altura...

— Sí, es verdad; se ve que son finos. Y ellos, los pobres, pasarán sus apuros; pero no deben nada a nadie; ésa es la verdad...

«Los pobres...» Esta frase compasiva que ahora les aplicaban, les envolvía, sin que ellos lo supieran, en una aureola cariñosa y respetuosa a la vez. Era un fenómeno inexplicable, pero el piano de cola, en aquella casa-colmena, donde había más de cien aparatos de radio, era un orgullo, y daba a toda la calle como un aire de señorío (...)



25 AÑOS
LIBROS
A LA CALLE



Leer para
no olvidar

Carmen
Laforet
(1921-2004)
*Siete novelas
cortas*

Ilustración:
Enrique
Flores



librosalacalle.com